55

DON PEDRO ALCEDO Y DOñA ISABEL.

SE DA CUENTA, COMO HABIENDO DADO LIBERTAD al Príncipe de Argel que tenian por esclavo, despues los cautivaron Moros, y estando para desquartizar à Don Pedro, fue reconocido, y se les conduxo libres à España con mucho lucimiento.

EN la ciudad mas alegre,
que calienta con reflexos
aquel farol luminante
de ese tachonado cielo,
que es la gran ciudad de Cádiz,
de España famoso puerto,
nació de padres muy ricos
y nobles Don Pedro Alcedo.
Apenas tuvo veinte años
este ilustre caballero,
se enamoró de una dama,
le escribia muchos versos.
Y un domingo por la tarde,
que vió venir à Don Pedro,
lo aguardó con buen semblante,
llegó y se quitó el sombrero,
y le hizo una cortesía,
diciéndole: amado dueño,
ò qué dichosos han sido
mis ojos en este tiempo,
pues que llegaron à ver
un tan peregrino obgeto!
Y la dama respondió,
diciéndole: caballero,
has de saber que mi padre
hace su merced concepto
de meterme religiosa,
y yo ser monja no quiero,
porque estoy determinada
à pagar vuestros desvelos.
Llega, señor, à mi padre,
y pideme en casamiento;
con la respuesta que os dé,
luego despues nos veremos.
Se despidieron gustosos,
y al otro dia Don Pedro
llegó, y tocando à la puerta,
salió el bizarro Don Diego;
lo recibió en una sala,
y declarado su intento,
dixo Don Diego: señor,
yo tengo hecho el convenio
de meteria religiosa,
pero no sé sus intentos;
y porque no esteis dudoso,
ni conmigo tengais duelo,
aquí delante de todos
seá bien que la llamemos.
Llamó à su querida hija,
la qual acudió al momento,

y

y asi que entró por la sala,
y vió à su querido dueño,
disimuló quanto pudo,
y dixo el anciano viejo:
has de saber, hija mia,
que este noble caballero
te ha pedido por esposa;
solo tu respuesta espero.
Respondió determinada,
con el semblante risueño:
pues si es cosa que conviene,
yo estimo mucho à Don Pedro,
y lo tendré por mi esposo,
siendo usted gustoso de ello.
Viendo su resolucion,
entre los tres dispusieron,
se efectuasen las bodas;
y aquella tarde Don Pedro
solo se baxó à la playa,
por divertir pensamientos,
y estándose recreando,
vió que abordaba hácia el puerto
un navío de Corsarios,
que traían prisioneros
quatro Turcos argelinos;
y reparando Don Pedro,
que entre los quatro venia
un alentado mancebo,
le dixo al que comandaba,
que si queria venderlo;
dixo que sí, y lo ajustaron
en ciento y cincuenta pesos.
Tomándolo de la mano,
lo llevó à casa su dueño,
diciéndole: amada prenda,
hoy he hecho un buen empleo,
pues te he comprado un esclavo,
que te sirva de escudero.
Lo recibió muy gustosa,
y quedó en casa el mancebo,
sirviendo tan lealmente,
que están sus amos contentos.
Pero un dia por la siesta.
al tiempo de estar Don Diego
en su cama recostado,
pagando tributo al sueño,
fue Don Pedro à ver su dama,
y entró con algun silencio;
pero al pasar por la puerta,
oyó con suspiros tiernos
lamentarse, y que decia
el afligido mancebo:
ay desdichado de mi,
que de esta suerte me veo!
siendo Príncipe de Argel,
hoy me veo prisionero;
lo que mas llego à sentir,
y mas me lastima el pecho,
es que à mi querida Zayda
ahora verla no puedo.
Don Pedro que atento escucha,
ligero se entra allá dentro,
diciéndole: mira, Moro,
juro à ley de Caballero,
si me cuentas la verdad
de lo que estabas diciendo,
de ampararte como noble,
y libertad darte luego.
El Turco le respondió,
formando un suspiro tierno:
si me estás atento un rato,
te contaré mi suceso.
Yo soy Príncipe de Argel,
señor de todo aquel reyno,
y estaba reciencasado
con el hermoso portento
de la Princesa de Tanes;
este es el dolor que siento.
Aquellos tres que venian
aquí en mi acompañamiento,
eran deudos muy cercanos
de mi idolatrado dueño.
Estando pues una noche
alegres tomando el fresco
en las riberas del mar,
llegó aquel barco soberbio,
y sin poder resistirnos,
nos trageron prisioneros,
donde paso por esclavo.
Y así por Alá te ruego,
que me concedas licencia,
para que le escriba un pliego,
dándole cuenta à mi padre
del parage en que me veo,
que tendrás por mi licencia
un millon de oro muy cierto.
Don

Don Pedro le respondió:
desde luego lo concedo,
que vale mas mi palabra
que quanto tiene un imperio.
Conque el Turco agradecido,
metió la mano en el pecho,
y sacando una venera
y un toyson de grande precio,
à Don Pedro se lo dió
quien le dió cuenta à Don Diego,
como el que tiene en su casa
es hombre de grande empeño,
que era Príncipe de Argel;
y entre los tres dispusieron
dar libertad al esclavo,
y abreviar el casamiento.
Y paseándose un dia,
vió que llegaban al puerto
dos navíos holandeses,
y les requirió Don Pedro,
diciéndoles dónde iban;
y al punto le respondieron:
para la ciudad de Argel
cierta mercancía llevo.
Y dixo que si querian,
pagando su justo precio,
portear allá un esclavo,
que à sus amos mucho tiempo
leal habia servido.
Dicen que sí: y al momento
dió cuenta à Doña Isabel,
y con galante denuedo
sacó un collar de esmeraldas,
y un anillo de gran precio,
y le dice: toma, Moro,
estas dos prendas te entrego;
de que veas à tu esposa,
di que yo se las ofrezco.
Entró el Turco en el navío,
y dentro de breve tiempo
en Argel desembarcaron
con alegría y contento.
Fue donde estaba su padre,
estas palabras diciendo:
dulce padre de mi vida,
ya permitieron los cielos
que tengas en tu presencia
à tu hijo prisionero.
Y es que en la ciudad de Cádiz
encontré un amo tan bueno,
que así que supo quién era,
à costa de su dinero
me ha enviado à tu presencia;
esto merece gran premio.
Alborotóse el palacio,
y la Princesa corriendo
al cuello le echó los brazos;
y el Príncipe muy contento
sacó el collar y el anillo,
tales palabras diciendo:
recibe aquestas dos prendas,
Zayda hermosa, que te entrego,
del ama que yo tenia,
porque sirvan de recuerdo.
Disponen el que se hagan
grandes fiestas y torneos;
y dexando en su alborozo
à los Moros, vuelta demos
à la gran ciudad de Cádiz,
diciendo como à Don Pedro
se le ocasionó un viage
à Cartagena, que un pleyto
ganó de un gran mayorazgo,
que le toca de derecho.
Lleva à su esposa consigo,
y en un navio salieron;
pero su adversa fortuna
le rodeó un contratiempo,
que tres naves argelinas
delante se le pusieron.
Aprisionan el navío,
y contemplando Don Pedro
à su esposa ya cautiva,
lleno de rabia y veneno,
à unos hiere y à otros mata,
à otros derriba en el suelo,
pareciendo un leon bravo,
y asombrados de su arresto,
se le arrojan y le rinden,
y amarran à un duro leño.
Llevan al Rey la noticia
de la presa que habian hecho,
y que traen maniatado
à un bizarro Caballero,
que mató cincuenta Turcos,
y malhirió à mas de ciento.
El

El Rey que atento escuchaba,
manda que luego al momento
lo lleven à una mazmorra,
y que lo carguen de hierro,
mientras buscan quatro potros,
y atado â la cola de ellos,
lo hacian quatro pedazos,
y al mar lo arrojasen luego.
La hermosa Doña Isabel,
viendo à su querido dueño
metido en tanto peligro,
hecha toda à los lamentos,
con lágrimas y suspiros
ablandara al duro acero.
Llegan cerca de palacio,
y en aqueste mismo tiempo
la Princesa que escuchaba
el alboroto y estruendo,
viendo venir à dos Turcos,
y en medio aquel ángel bello,
con tal ahinco llorando,
los llamó con un pañuelo,
y ellos acudieron prontos,
mil reverencias haciendo.
La hermosa Doña Isabel
reparó llevaba al cuello
aquel collar del esmeraldas,
le miró al punto los dedos,
y conociendo su anillo,
exclamó alegre diciendo:
discretísima señora,
esas dos prendas que veo
que adornan vuestra persona,
fueron mias algun tiempo.
Zayda que atenta la escucha,
le pregunta, así diciendo:
Cristiana, de dónde eres?
Y le respondió al momento:
de la gran ciudad de Cádiz
soy para el servicio vuestro;
mi nombre es Doña Isabel,
mi esposo Don Pedro Alcedo,
quien dió libre à tu marido,
y lo remitió à este reyno.
Ahora está entre prisiones,
para un castigo muy fiero;
y así, señora, te pido,
porque no muera Dou Pedro,
que seas mi medianera,
pues que tan sola me veo.
Zayda muy enternecida,
à buscar se entró allá dentro
à su marido, que estaba
en su cámara durmiendo,
y dice: Jamet, despierta,
pues has de saber por cierto,
que aquí está Doña Isabel,
y tambien Don Pedro Alcedo,
el que te dió libertad,
y restituyó à tu reyno,
que es el que está entre prisiones
para darle cruel tormento.
Jamet que atento escuchaba,
salió al balcon como un trueno,
conoció à Doña Isabel,
y mandóla entrar adentro.
Al punto despacha un posta,
para que saquen el preso,
y lo traygan à palacio;
y así que los dos se vieron,
tiernamente se abrazaron,
y dixo el Turco à Don Pedro:
ahora es justo que yo os pague
lo mucho, amigo, que os debo,
pues por vosotros estoy
en el auge en que me veo.
Los regaló en su palacio,
ordenó muchos festejos,
y al cabo de algunos dias
le dixo Don Pedro Alcedo:
señor, si me dais licencia,
ya me parece que es tiempo
que me restituya à España.
Dixo que sí; y al momento
alistó quatro navios,
que comboyándole fueron,
y entregándole una nave,
con gran porcion de dinero,
se despidieron gustosos,
y con favorable viento
desembarcaron en Cádiz,
dando mil gracias al cielo,
que los sacó de peligros,
y para Argel despidieron
los navios. Y el Poeta
pide perdon de sus yerros.

F I N.